

UNICEF el Progreso de las Naciones 1999⁽¹⁾

Presentación

Hace casi un decenio, los líderes y representantes de más de 150 países reunidos en la Cumbre Mundial en favor de la Infancia establecieron una serie de metas mundiales muy ambiciosas relativas a los niños y al desarrollo para el decenio de 1990. Hubiera sido muy fácil que esas metas se hubiesen convertido en otra elocuente declaración de buenas intenciones. Pero se transformaron en un plan de acción muy práctico que, junto con la Convención sobre los Derechos del Niño, lograron que los temas de la infancia ocuparan un primer plano entre las demás cuestiones sobre el desarrollo y los derechos humanos que preocupan al mundo.

Muchos países pueden enorgullecerse de los grandes avances logrados en este decenio con relación a la conquista de las metas de la Cumbre Mundial y a la vigencia de los derechos de los niños: las vidas jóvenes que se han salvado debido a las mejoras en materia de salud y nutrición, la protección a los niños contra el trabajo peligroso o en condiciones de explotación, la transformación del futuro de muchos niños, que ahora

cuentan con la posibilidad de ir a la escuela. Pero en otros casos, los conflictos, la deuda externa, las crisis económicas y las prioridades equivocadas han tenido efectos devastadores en la niñez, que siempre paga un alto precio por los fracasos de los adultos.

El Progreso de las Naciones desempeña una función esencial en la vigilancia del progreso global hacia las metas fijadas en 1990, al mismo tiempo que registra los fracasos. La edición de este año pone al descubierto las consecuencias devastadoras que ha tenido el VIH/SIDA entre los niños, y celebra al mismo tiempo los avances enormes que han llevado al mundo hasta el umbral de la eliminación de la poliomielitis. En 1999, el mundo recibirá al miembro de la familia humana que elevará por primera vez a 6.000 millones el número de habitantes de nuestro planeta. *El Progreso de las Naciones* aprovecha la oportunidad de ese nacimiento histórico para examinar las perspectivas muy diversas que pueden aguardar a ese recién nacido y a todos los niños y niñas en vísperas del nuevo milenio. El comentario final del informe recalca la necesidad de eliminar la carga catastrófica que impone la deuda externa a los niños y las familias de algunas de las naciones más pobres del planeta.

⁽¹⁾ Agradecemos a UNICEF España el permiso y las facilidades dadas para publicar este texto.

El Progreso de las Naciones 1999 no sólo ofrece datos nuevos y valiosos sobre cuestiones vitales que afectan a los niños, sino que ayuda a los gobiernos, los organismos internacionales y las organizaciones no gubernamentales a fijar de manera más eficaz sus prioridades con miras a la conquista de las metas de la Cumbre Mundial y a defender los derechos de todos los niños.

Kofi A. Annan

Secretario General Naciones Unidas

El Azar y la Posibilidad

En el último año del siglo XX nacerá un niño que elevará a 6.000 millones el total de la población mundial. Nadie puede predecir lo que le espera a este recién nacido. Pero la mayoría de los niños confrontan grandes peligros y un futuro lleno de amenazas. La mitad de los pobres del mundo son menores de edad, y les espera una muerte temprana a causa de alguna enfermedad que se puede evitar, o el analfabetismo o un conflicto traumático. Para el niño seis mil millones y para todos los niños, las posibilidades deberían ser mejores.

Este año, en algún lugar de nuestro planeta, una mujer dará a luz a un hijo muy especial. Todos los recién nacidos son especiales, por supuesto, y éste no será diferente de los otros 130 millones

de criaturas que vendrán al mundo en 1999, en vísperas del nuevo milenio. Pero con el nacimiento de este recién nacido, la población humana llegará a los 6.000 millones.

Nadie sabe cuándo ni dónde nacerá esa criatura. Podría tratarse de una niña o un niño, y ser el vástago de una familia de millonarios o –una posibilidad mucho mayor– el nuevo integrante de una familia que sobrevive con menos de un dólar por día. Pero, independientemente del sitio en que ese bebé venga al mundo, le corresponderán los mismos derechos fundamentales que a cualquier otro niño: el derecho a la vida, a la protección, a la educación, a la atención de la salud, a las condiciones de vida adecuadas, y mucho más.

Pero en la práctica, ésto no va a resultar así de simple. Las probabilidades de que ese niño disfrute de esos derechos elementales, y de que pueda desarrollar plenamente su potencial, dependerán del lugar donde nazca, de quiénes sean sus padres y de si se trata de un varón o una niña.

Las probabilidades no están a su favor.

Confrontar las probabilidades

En realidad, el recién nacido que lleve a la humanidad a los 6.000 millones de individuos tiene menos de una posibili-

dad de cada 10 de nacer en el hogar relativamente próspero que disfruta la mayoría de las familias de los países industrializados o la minoría rica de una nación en desarrollo. Tiene, en cambio, 3 probabilidades de cada 10 de nacer en una situación de pobreza extrema, y 4 de cada 10 probabilidades de formar parte de una familia que disfruta de una situación sólo ligeramente más acomodada.

La mitad de los pobres del mundo son niños, y el número de criaturas que nacen actualmente en condiciones de pobreza es mayor que en cualquier época previa. Se trata de un aumento sin precedentes históricos en la cifra total de personas en la pobreza.

Pero si la fortuna le fuera favorable, ese niño o esa niña formará parte de un universo con una riqueza de recursos casi inimaginable. Sus horizontes serán tan vastos como el mundo mismo. El accionar de un simple interruptor eléctrico bastará para poner a su disposición, gracias a la energía acumulada durante eones en las capas exteriores del planeta, una gama extraordinaria de servicios y productos.

El teclado de una computadora le abrirá las puertas a todo el saber acumulado en las bibliotecas del mundo. Podrá intercambiar mensajes, jugar y

entablar amistad con otros niños y niñas distantes a miles de kilómetros de su lugar de residencia.

Mientras tanto, el progreso de las ciencias médicas aumenta rápidamente su esperanza de vida. Se calcula que, de mantenerse el actual ritmo de progreso científico, algunos de los 70.000 niños nacidos en los Estados Unidos en el primer año del siglo XXI serán testigos del comienzo del siglo XXII.

Pero los niños no pueden vivir exclusivamente de tecnología. Si el recién nacido número 6.000 millones consigue disfrutar de una vida de prosperidad material, es posible que el futuro le depare aislamiento social e inseguridad emocional como consecuencia del aumento de las tasas de divorcio, el exceso de trabajo que atenta contra la vida familiar y la disminución del contacto humano, y a que los jóvenes, que sufren un creciente estado de alienación, sean considerados más como consumidores que como niños.

Pero si nace en el mundo en desarrollo, al menos ese niño o niña no se sentirá aislado ni carecerá de contacto humano. En la aldea o tugurio donde tiene más probabilidades de nacer habrá muchos niños con quienes podrá jugar y un gran número de parientes y vecinos que le prestarán atención. También están a su favor las

probabilidades de que se le críe en una religión que le dará fortaleza espiritual.

Y aunque esa vida será rica en relaciones humanas, resultará desesperadamente pobre en recursos materiales. Es probable que escaseen los recursos energéticos, y si se trata de una niña, será muy posiblemente ella quien tenga que recorrer varios kilómetros al día para recoger combustible. Si el niño o la niña ingresa y permanece en la escuela, es probable que su clase no disponga de un número suficiente, no ya de libros, sino de lápices.

Teniendo en cuenta que la mitad de los niños africanos sufren trastornos causados por la contaminación del agua, el saneamiento deficiente y la degradación del medio ambiente, es prácticamente seguro que su salud sufrirá los efectos de enfermedades susceptibles de prevención. También es probable que la desnutrición afecte su desarrollo físico y mental, y que el ser humano número 6.000 millones no desarrolle plenamente su potencial.

A juzgar por las pautas de 1999, es probable que viva una existencia breve. Un niño nacido en Malawi o Uganda, por ejemplo, probablemente vivirá la mitad que uno nacido en Singapur o Suecia. Y no hay certeza de que llegue a cumplir los cinco años, ya que uno de

cada tres niños nacidos en países como el Níger o Sierra Leona, por ejemplo, muere antes de esa edad.

El recién nacido número 6.000 millones también descubrirá con el tiempo que vive en un mundo donde la brecha entre los ricos y los pobres es más vasta que nunca. La quinta parte más rica de la humanidad tiene ingresos 82 veces superiores a los de la quinta parte más desposeída, y consume el 86% de los recursos mundiales.

Las disparidades materiales

Y no se trata solamente de una brecha que divide a las naciones. Las diferencias separan a los países y hasta a las ciudades. Un niño nacido en un tugurio urbano de Bangladesh, por ejemplo, tiene dos veces más probabilidades de morir antes de cumplir un año que un niño nacido en cualquier otra parte de esa misma ciudad. En muchos países en desarrollo, los niños de las familias relativamente acomodadas disfrutan de los beneficios de la educación secundaria y universitaria mantenida con fondos públicos, mientras que los pobres carecen hasta de escuelas primarias.

Las disparidades enormes también están presentes en los países industrializados. En Australia y los Estados Unidos, por ejemplo, la quinta parte más rica de

la población es 10 veces más rica que el 20% más pobre.

A pesar de esas desigualdades, si se garantizara por lo menos que los niños pudieran hacer valer sus derechos, quizás estarían dispuestos a probar fortuna a pesar de su origen. Lamentablemente, tales garantías no existen, especialmente para los niños más pobres, que constituyen el grupo al que probablemente pertenecerá el niño cuyo nacimiento eleve a 6.000 millones la población mundial. No por ser conocidas, las estadísticas sobre el grado de destitución vital que tiene por delante resultan menos abrumadoras. Casi 12 millones de niños menores de cinco años mueren todos los años innecesariamente, en su mayoría debido a enfermedades infantiles fácilmente prevenibles.

Más de la mitad de los niños de esa edad de Asia meridional nacen con un peso grave o moderadamente inferior al normal, mientras que casi la mitad de los lactantes africanos no han sido inmunizados contra las enfermedades mortales más comunes.

En el ámbito mundial, 130 millones de niños en edad escolar primaria –en su mayoría niñas– no asisten a clase, y se les priva con ello de la oportunidad de disfrutar de un futuro mejor, mientras

que millones de niños asisten a escuelas donde es poco lo que aprenden.

Una cuarta parte de los niños de los países en desarrollo inicia el ciclo escolar primario pero no cursa suficientes estudios como para lograr una alfabetización permanente. Y a unos 250 millones se les roba la niñez porque están atrapados en el trabajo de menores.

El niño o la niña número 6.000 millones se encontrará en una situación especialmente desventajosa si nace en un grupo étnico minoritario, una categoría que incluye, por ejemplo, a dos terceras partes de los niños más pobres de los Estados Unidos. Los miembros de las poblaciones indígenas del Perú tienen una posibilidad y media más de ser pobres y casi tres posibilidades más de ser *extremadamente* pobres que los habitantes que no son indígenas.

La brecha del género

Si ese recién nacido especial resultara ser una niña, su situación será en casi todo el mundo peor que la de los varones.

Cuando escaseen los alimentos es posible que reciba menos que sus hermanos, y tendrá menos probabilidades de iniciar siquiera los estudios primarios. Si se le permite ir a la escuela, presumiblemente deberá interrumpir sus estudios antes que sus hermanos, ya sea para

que su familia se ahorre el costo de su educación o porque se le requerirá que trabaje en el hogar.

Esa niña, al igual que otros 2 millones de niñas por año, podría ser sometida al dolor y la humillación de la mutilación genital. O como sucede en algunas culturas, se criará creyendo que no pertenece a su hogar sino a la familia de un futuro marido a quien no conoce. Casada en los primeros años de la adolescencia, probablemente se quedará embarazada antes de que su organismo esté suficientemente maduro para gestar una criatura en forma saludable, y se convertirá en madre antes de ser mujer.

Las consecuencias pueden ser devastadoras. Más de la mitad de las mujeres en África y una tercera parte en América Latina dan a luz por primera vez en la adolescencia, y tienen el doble de probabilidades de morir en el alumbramiento que las mujeres adultas. Los hijos de esas niñas tienen probabilidades más elevadas de tener bajo peso al nacer.

De madre a hijo

Es posible que el futuro de la niña número 6.000 millones esté escrito en el pasado de su madre y de sus abuelas, ya que las consecuencias de las privaciones pasan de una generación a la siguiente como una enfermedad hereditaria.

Claro ejemplo de ello es el bajo peso al nacer, que constituye un indicador importante de la salud de la madre y el hijo, y uno de los primeros síntomas de los problemas que tendrá que confrontar la criatura en el futuro. En los países en desarrollo, uno de cada cinco bebés nace con un peso inferior a los 2,5 kilos, generalmente debido al deficiente estado nutricional de la madre. Los niños con bajo peso al nacer tienen mayores probabilidades de morir cuando son lactantes o durante la primera infancia. Si sobreviven el período de lactancia, tienen mayores probabilidades de sufrir más enfermedades y desnutrición, de no tener un desarrollo físico e intelectual pleno y de quedar discapacitados a largo plazo. Existen pruebas cada vez más concluyentes de que el niño con bajo peso al nacer tendrá tendencia a sufrir diabetes, hipertensión y enfermedades cardíacas en la edad adulta.

En los países en desarrollo, casi 4 de cada 10 niños menores de cinco años padecen de cortedad de talla, y su falta de desarrollo físico es un símbolo de las posibilidades de las que han sido privados. Debido a que su desarrollo intelectual tampoco es completo, su desempeño escolar es inferior, y durante el resto de sus vidas producen y ganan menos que quienes crecieron mejor nutridos.

Como todos los niños desnutridos, también son más susceptibles a las enfermedades.

La desnutrición aumenta las probabilidades de que el niño se enferme, y las enfermedades acentúan su desnutrición. De esa manera, el hambre y las enfermedades se alimentan en forma recíproca en una constante espiral descendente. Las consecuencias de las vidas arruinadas y los cuerpos consumidos configuran una violación de los derechos humanos tan aborrecible como la tortura, además de constituir una desventaja devastadora para el desarrollo económico de los países.

Al recién nacido que elevará a 6.000 millones el número de habitantes del planeta le puede ocurrir otro golpe inesperado: la pérdida de la madre al nacer. Una vez por minuto, una mujer muere en algún lugar del planeta durante el embarazo o el alumbramiento. En un año, la humanidad pierde de esa manera casi 600.000 mujeres. Prácticamente todas esas muertes suceden en los países en desarrollo. Debido a ello, más de 1 millón de niños quedan huérfanos todos los años, y los niños que pierden a sus madres tienen más probabilidades de morir en los años inmediatamente posteriores que aquellos cuyas madres sobreviven.

Como sucede con todos los niños, el futuro de ese recién nacido estará predestinado cuando llegue a los dos años de edad, ya que para entonces su desarrollo físico y mental estará en gran medida determinado por una serie de factores como la calidad de su alimentación, la atención de la salud y los estímulos que haya recibido.

Una parte importante de ese futuro dependerá de si ha sido o no amamantado, debido a que la alimentación en forma exclusiva con leche materna durante los primeros seis meses de vida incrementa notablemente las probabilidades de que el niño sobreviva y prospere, además de acelerar el desarrollo cognoscitivo.

El futuro del recién nacido número 6.000 millones también será más promisorio si la madre ha recibido educación. Si así fuera, el niño corre menos peligro de morir durante la infancia y tendrá más posibilidades de crecer más sano y mejor alimentado. Asimismo, tendrá más probabilidades de comenzar sus estudios y permanecer más tiempo en la escuela. No hay duda que la educación escolar de las niñas origina una larga serie de beneficios que favorecen a la sociedad y las economías. En la medida en que más niñas reciben más educación escolar, aumenta su confianza y su potenciación, y descienden proporcional-

mente la mortalidad infantil y el crecimiento demográfico, con los correspondientes efectos positivos sobre las esperanzas de vida y el crecimiento económico general. En resumidas cuentas, todo lo que aumente las probabilidades de bienestar de los niños mejora las perspectivas del mundo.

Los derechos de los niños tienen hoy en día más aceptación que en cualquier época anterior, como lo demuestra el compromiso casi universal con la Convención sobre los Derechos del Niño, que ha sido ratificada por todos los países del mundo, con dos excepciones. Y nunca como en la actualidad, los derechos e intereses de los niños han ocupado un lugar tan destacado en la conciencia de muchas naciones. Si tomamos hoy con carácter urgente las medidas necesarias para garantizar esos derechos, todos podremos ofrecer más oportunidades al recién nacido con el que los habitantes del planeta lleguemos a los 6.000 millones, así como a todos los demás niños del mundo. Pero el tiempo pasa, y cuando queramos darnos cuenta, dentro de unos 12 años, estará sobre el tapete el destino del bebé cuyo nacimiento anunciará que la humanidad ha llegado a los 7.000 millones.

Carol Bellamy

Directora Ejecutiva del UNICEF

La deuda tiene cara de niño

Durante casi dos decenios, la crisis de la deuda ha tenido unas repercusiones devastadoras sobre algunos de los países más pobres del mundo, al frenar su crecimiento económico y desviar recursos que debían haberse utilizado para la salud, la educación y otros servicios esenciales. ¿Es posible que la campaña en favor del alivio de la deuda pueda transformarse en un mecanismo efectivo de acción que garantice que los niños del nuevo milenio se liberen de las cadenas de la deuda y la pobreza?

En la cúspide del monumento a Sun Yat-sen, ubicado en las montañas Oro Púrpura que dominan la ciudad de Nanjing, en la región oriental de China, hay una inscripción que reza: "Tien xia wei gong" (Lo que está bajo el firmamento es de todos). Sun Yat-sen adoptó ese proverbio de un antiguo texto chino para utilizarlo como principio directriz del movimiento que liberó a su país del feudalismo.

El sistema feudal –que ha formado parte de la historia de la mayoría de las naciones del mundo, tanto en el Este como en el Oeste, y en el Norte como en el Sur– mantenía a las personas en un estado de dependencia constante, y dividía a la población en poderosos y en impotentes, en ricos y en pobres, y ade-

más separaba a quienes creaban las leyes de aquellos que debían de obedecerlas. En honor de la sociedad humana puede afirmarse que hemos progresado hasta el punto de contar hoy con sistemas más equitativos y menos injustos, en los que los frutos de la tierra y el producto de la labor humana se comparten de manera más o menos imparcial. Pero si los conceptos de participación y equidad han evolucionado, lo han hecho sólo dentro de los Estados, pero no ha ocurrido lo mismo en lo que atañe a las relaciones entre ellos.

Las palabras que aparecen en el monumento mantienen su validez mundial, especialmente para nuestra moderna sociedad global: lo que está bajo el firmamento no ha sido, ni es aún, de todos los habitantes del planeta.

Una buena prueba es la sujeción impuesta por la deuda externa, que mantiene atrapados a centenares de millones de personas que se encuentran entre las más pobres del mundo, especialmente en África. Como si se tratara de vasallos de los señores feudales, los dirigentes de sus países, a quienes muchas veces no han escogido, han hipotecado sus vidas y su trabajo a los bancos y gobiernos de los países ricos, para financiar proyectos que no les benefician. Igual que en el marco de un sistema po-

lítico opresor, la deuda les priva de sus derechos. Y esa tiranía resulta especialmente dolorosa en esta época en que los países de África al sur del Sahara sufren una calamitosa epidemia con la propagación sin coto del SIDA.

En los fríos despachos del poder financiero, la tragedia de quienes se encuentran atrapados por la deuda se disimula mediante el uso de términos como flujo de capitales, servicio de la deuda, índices del servicio de la deuda y grado de solvencia. Pero en el calor y fragor de la vida real, la deuda afecta la vida de las personas, y especialmente la vida de los niños.

Los niños pagan el precio

La deuda tiene cara de niño. Y la mayor parte del peso de la deuda externa recae sobre las mentes y los cuerpos de los niños, matando a algunos y atrofiando a otros de tal manera que nunca pueden desarrollarse plenamente. La deuda los priva de la vacunación contra enfermedades que, a pesar de ser fatales, se pueden prevenir con facilidad. Condena a los niños a una vida sin educación o –en el caso de quienes pueden asistir a la escuela– a estudiar en aulas sin techo, pupitres, pizarras ni libros, y a veces hasta sin lápices. Y los deja huérfanos, ya que cientos de miles de ma-

dres mueren anualmente mientras dan a luz, como resultado de insuficiencias en la atención de la salud y en la prestación de otros servicios, que la pobreza perpetúa.

Sin duda, gran parte de la responsabilidad les cabe a los gobiernos de los países en desarrollo que favorecen a las minorías privilegiadas en detrimento de los pobres. Pero debido a las condiciones de la deuda, a muchos les resulta difícil reestructurar sus presupuestos para conceder prioridad a las cuestiones relacionadas con los niños, aunque tengan la intención de hacerlo. Y aún cuando los gobiernos aprueben esos cambios, las demandas de la deuda externa imposibilitan prácticamente su éxito. Los países de África al sur del Sahara, por ejemplo, gastan más en el servicio de su deuda de 200.000 millones de dólares estadounidenses que en la salud y la educación de sus 306 millones de niños. Se trata de un patrón económico insensato y moralmente indefensible.

Cada recién nacido en Mauritania llega al mundo con una deuda de 997 dólares; en Nicaragua, cada lactante inicia la vida con una deuda de 1.213 dólares, y en el Congo, de 1.872 dólares. En los países en desarrollo en general, el promedio per cápita de la deuda es de 417 dólares. Sin embargo, en 1990 –hace ya

casi un decenio– los 71 Jefes de Estado y Gobierno que asistieron a la Cumbre Mundial en favor de la Infancia se comprometieron a tomar “medidas que reduzcan la carga de la deuda” como parte de una “lucha a nivel mundial contra la pobreza”. Esos dirigentes afirmaron que era fundamental “seguir prestando atención urgente a una solución amplia y duradera de los problemas de la deuda externa, que afectan a los países deudores en desarrollo”.

Los líderes mundiales brindaron su apoyo a la Convención Mundial sobre los Derechos del Niño, que había sido aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el año previo y que ya ha sido ratificada, con dos excepciones, por todas las naciones del mundo. Asimismo, se comprometieron a conquistar un conjunto de metas para el año 2000. Entre ellas, la reducción a la mitad de la desnutrición de los menores de cinco años y en una tercera parte las tasas de mortalidad de ese sector de la población. También establecieron su compromiso de reducir a la mitad las tasas de mortalidad materna, a brindar a todos los niños acceso a la educación primaria y a inmunizar a un 90% de los lactantes del mundo.

La deuda externa representa una grave amenaza para la consecución de esas

metas. La resolución de la crisis de la deuda no garantiza por sí misma la conquista de esos objetivos, ya que para ello resulta imprescindible contar con políticas nacionales acertadas. Pero si no se soluciona el problema, no existe ninguna posibilidad de que se puedan establecer las políticas nacionales adecuadas ni lograr esas metas, no sólo en el año 2000, sino en el futuro más previsible.

La deuda no es intrínsecamente mala. Sin duda, cuando se presta o se toma prestado dinero y se emplea sabiamente, se promueve el crecimiento y se mejora la vida de la gente. Las crisis de la deuda ni siquiera son un fenómeno nuevo, ya que las antiguas ciudades-estados de Grecia no pagaban a veces las deudas que contraían con el templo de Delos.

Pero debido a que la crisis actual afecta a muchos de los países más pobres del mundo, los niveles de endeudamiento afectan particularmente la capacidad de acción de los países.

La crisis tuvo sus orígenes a principios del decenio de 1970, cuando los países de la OPEP aumentaron radicalmente los precios del petróleo y depositaron sus mayores ingresos en bancos occidentales. Los bancos, que debían pagar los intereses de esos depósitos, se lanzaron velozmente a la búsqueda de pres-

tarios en los países en desarrollo. Descubrieron que el mundo en desarrollo necesitaba efectivo para invertir en proyectos de infraestructura e industria, y para poder pagar los precios más elevados del petróleo.

En un mundo aparentemente inundado de dinero, se otorgaron a diestra y siniestra préstamos privados, y con frecuencia imprudentes, a los países en desarrollo. Los países ricos y las instituciones financieras internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) también concedieron préstamos a países de escasos recursos que ofrecían pocas garantías.

Los países en desarrollo se dejaron llevar por la tentación, igualmente imprudente, que representaban las bajas tasas de interés, a menudo menores que la tasa de inflación. Confidados en que sus productos de exportación mantendrían sus altos precios y que las tasas de interés permanecerían bajas, apostaron a que podrían cancelar la deuda con facilidad. Gran parte del dinero que tomaron prestado se destinó a proyectos inadecuados y a la compra de armas, y hasta fue depositada en cuentas bancarias personales en el exterior. Los pobres, las mujeres y los niños recibieron una parte muy pequeña de esos fondos.

Los precios de las materias primas comenzaron a disminuir drásticamente mientras aumentaban las tasas de interés y, en 1979, también subía el precio del petróleo. A medida que se incrementaba el costo del servicio de la deuda y se desplomaban sus ingresos, los países en desarrollo solicitaron más préstamos desesperadamente, a fin de cumplir con sus obligaciones y evitar la ruina. Pero cada punto porcentual que aumentaban las tasas de intereses durante el decenio de 1980 añadía más de 5.000 millones de dólares a la suma que debía pagar anualmente el conjunto de los países deudores. Y se seguían acumulando, con efecto sofocante, los atrasos de la deuda.

Debido a una lógica matemática que sólo los prestamistas podían encontrar razonable y justa, los países en desarrollo deudores pagaron entre 1983 y 1990 la abrumadora suma de un billón de dólares. Sorprendentemente, a pesar de esa inmensa transferencia de riqueza, el monto de su deuda, que era de 800.000 millones de dólares en 1983, alcanzó un billón y medio de dólares en 1990 y cerca de dos billones de dólares en 1997, a causa del pago de los atrasos y los nuevos créditos.

La crisis ha tenido carácter global, pero los efectos más graves de ese proce-

so los sufre África al sur del Sahara, que en 1980 debía 84.000 millones de dólares y hoy adeuda 200.000 millones, que representan una sangría intolerable para sus frágiles economías.

África atenazada por la deuda

África ha restituido sumas que equivalen a varias veces el valor de su deuda externa inicial, y ha sufrido en el proceso graves pérdidas sociales, además de haber llevado a las economías de sus países hasta el límite. Los países al sur del Sahara gastan en el servicio de su deuda entre una cuarta y una tercera parte de sus presupuestos nacionales (y un 40% en los países pobres más endeudados). Para los países que sufren los efectos calamitosos del SIDA, el empleo de recursos escasos para un objetivo tan inconsiguiente resulta particularmente cruel.

Esta ingente dislocación de recursos afecta onerosamente a los niños. En la República Unida de Tanzania se destinan cuatro veces más fondos al pago de la deuda que a la educación primaria, y nueve veces más que a la atención básica de la salud. Mozambique paga a sus ricos acreedores más de lo que gasta en educación y salud básicas juntas. En similar situación se encuentra Zambia, cuya deuda asciende a 7.200 millones

de dólares, lo que equivale a seis o siete veces más que el valor de lo que percibe en materia de exportaciones.

La crisis se agrava aun más debido a que la asistencia oficial para el desarrollo ha descendido a niveles sin precedentes. La proporción del producto nacional bruto que las naciones industrializadas dedican actualmente a esa ayuda es del 0,21%, lo que equivale a menos de una tercera parte del 0,7% que las Naciones Unidas habían establecido como meta. Si la proporción se hubiera mantenido en el nivel de 1992, del 0,33%, los países en desarrollo recibirían anualmente 24.000 millones de dólares adicionales.

De la ayuda bilateral que reciben los países pobres, una cuarta parte regresa a manos de los donantes en concepto de pagos de la deuda. En Tanzania, uno de cada tres dólares que el país recibe en ayuda se emplea para esos gastos sin sentido, en lugar de invertirse en aliviar la pobreza y sentar las bases del crecimiento futuro. En Nicaragua y Zambia, el pago de la deuda llega a insumir uno de cada dos dólares de la asistencia bilateral que reciben esos países.

La deuda fomenta la dependencia de la ayuda externa, reduce el ritmo de crecimiento, genera inestabilidad y absorbe dinero que podría asignarse a la

salud, la educación y otros servicios fundamentales. En el decenio de 1980, la crisis de la deuda externa también le costó a las naciones deudoras unos 6 millones de empleos, ya que el dinero que se podría haber utilizado en comprar productos se destinó al servicio de la deuda.

Ha habido diversas iniciativas –que llevan los nombres de una mescolanza de países y capitales, como Londres, Lyon, Mauricio, Nápoles, Toronto y Trinidad– orientadas a aliviar la esclavitud de la deuda. Pero en lo que a los pobres concierne, las reuniones parecen haberse celebrado en un lugar imaginario, a juzgar por la escasez de resultados.

El enfoque que se emplea actualmente es la Iniciativa para la reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados, concebida para ayudar a 41 países pobres, de los cuales 33 son africanos. Las tasas de mortalidad infantil de esas naciones son superiores en una tercera parte a la tasa promedio de los países en desarrollo, y las tasas de mortalidad derivada de la maternidad son tres veces superiores. Más de una tercera parte de los niños de esos países no han sido inmunizados, y cerca de la mitad de sus habitantes son analfabetos.

La Iniciativa representa la mayor esperanza hasta la fecha de reducir la

deuda total a niveles presuntamente sostenibles. Sin embargo, la Iniciativa confiere beneficios muy lentamente y a regañadientes. A pesar del carácter de urgencia extrema que reviste la situación de esos países, sólo dos países han recibido un alivio a la deuda.

Para obtener la ayuda de la Iniciativa para la reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados, los países deben cumplir requisitos severos y a menudo inadecuados, como, por ejemplo, cumplir entre tres y seis años de duro ajuste estructural, que a menudo incrementa la pobreza o aumenta la desigualdad sin fomentar el crecimiento económico. La Iniciativa estableció la proporción de servicio a la deuda con relación a las ganancias por exportaciones entre un 20% y un 25%, aunque los países apenas pudieran soportar el 16% que pagaban en 1996. De esta manera, no tendrán mayores posibilidades –y probablemente tengan menos– de cumplir con las metas en pro de los niños.

Poco es el dinero que se ha provisto para la Iniciativa, que se calcula que costará unos 12.500 millones de dólares, lo que coloca una rectitud financiera aparente por encima de cualquier ayuda real a los pobres. La experiencia de Honduras podría dar una idea aproximada de lo remotas que son las pro-

babilidades de que los fondos se materialicen. Aunque Honduras sufrió a fines de 1998 los devastadores efectos del huracán Mitch, sólo recibió una parte reducida de la ayuda que le habían prometido los donantes para que pudiera pagar este año 200 millones de dólares del servicio de su deuda. El reverso de la moneda fue, por supuesto, la celeridad con que los donantes movilizaron 100.000 millones de dólares en pocos meses para rescatar a Asia oriental, cuya insolvencia amenazaba a las economías occidentales.

Se ha llevado a cabo una intensa campaña para persuadir a los gobiernos de los países ricos que otorguen más flexibilidad a los mecanismos de la Iniciativa para la reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados y que presten socorro más rápidamente. A principios de año, Alemania, Canadá, Estados Unidos y el Reino Unido, exigieron reformas que aceleren el proceso, incluso abogando por la cancelación de la deuda de algunos de los países más exigidos. De manera similar, OXFAM ha propuesto reformas, entre las cuales se destacan las que se proponen otorgar un socorro más amplio y urgente a los países deudores que estén dispuestos a dedicar entre un 85% y el 100% de los ahorros a programas orientados a com-

batir la pobreza. Por supuesto, estas reformas tendrán que establecerse mediante la colaboración entre prestamistas y prestatarios. Otra reforma propuesta es un compromiso entre prestamistas y prestatarios a fin de proteger la capacidad de un país endeudado para prestar servicios sociales a sus ciudadanos antes de que se programen los pagos de la deuda.

Uganda, el primer país que recibió esa asistencia, ya brinda instrucción a 2 millones de niños más. Bolivia, que recibió el socorro en segundo término, proveerá fondos a un programa nacional de reducción de la pobreza campesina. Según los análisis de OXFAM, medidas de alivio similares harían posible que Tanzania lograra la matriculación primaria de todos sus niños; que Mozambique duplicara sus gastos de salud y reconstruyera escuelas y centros sanitarios, y que Nicaragua conquistara una vasta gama de objetivos sociales, como la educación primaria gratuita universal, el mejoramiento de la atención primaria de la salud de 1,2 millones de personas y el abastecimiento de agua potable a 600.000 habitantes adicionales.

Un esfuerzo para cancelar la deuda

Pero aunque esas reformas resulten inmensamente valiosas, no son suficien-

tes. La deuda impagable exacerba la pobreza, de manera que se debería cancelar, por lo menos, lo que adeudan los países más pobres. La campaña Jubileo 2000, que propone la cancelación única de la deuda impagable para el fin del milenio, ha cosechado un amplio apoyo popular y el respaldo de muchos dirigentes políticos y religiosos. Aunque la fecha exacta de la condonación pueda ser aún objeto de debate, no existen dudas acerca de la necesidad de que la deuda externa debe ser cancelada de forma considerable.

Hay quienes afirman que tal cancelación sentaría un grave precedente y desalentaría los préstamos futuros a los países deudores. Pero como hemos visto, en el pasado se han producido instancias de incumplimiento de pagos de préstamos, y los países más pobres no captan, de cualquier manera, grandes inversiones. También se afirma que la cancelación de la deuda representaría un "peligro moral", ya que premiaría la conducta irresponsable. Pero una de las causas de la crisis fue la concesión irresponsable de préstamos, de manera que la responsabilidad le cabe a ambas partes. Por añadidura, los deudores ya han devuelto lo que debían en efectivo real; y no hay duda de que al insistirse en el cumplimiento de condiciones extremas

de severidad financiera a costa de la vida de los niños se crea un peligro moral mucho más grave.

La cancelación representa, tanto para los acreedores como para los deudores, la oportunidad de declarar la guerra contra la pobreza y encauzar recursos para los más necesitados, especialmente los niños, dirigiéndolos a los programas de desarrollo humano. En ese sentido, la cancelación de la deuda externa guardaría proporción con la Iniciativa 20/20, un plan para la financiación de servicios sociales básicos con fuentes nacionales y fondos de donantes. Este enfoque, que aprobaron todos los gobiernos que participaron en 1995 en la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Social, de-

bería haber sido aplicado hace mucho tiempo.

Debemos iniciar hoy mismo el ataque conjunto contra la deuda y la pobreza que debería haber comenzado ayer. Para millones de niños, mañana será demasiado tarde.

Sir Shridath Ramphal

Copresidente de la Comisión de Gestión de los Asuntos Públicos Mundiales. Negociador en Jefe para el Caribe sobre Cuestiones Económicas Internacionales. Ex Secretario General del Commonwealth y Ministro de Relaciones Exteriores de Guyana.

